

AÑO TEATRAL

Comienzo con brío

Tres estrenos, muy diferentes escénica poco común en enero

Una comedia, un monólogo experimental y joven

A pesar de la época, poco propicia para la abundancia teatral, tres estrenos —muy distintos entre sí— alcanzaron un nivel que, de mantenerse a lo largo del año, serían la punta de lanza de una buena temporada teatral.

Los dormitorios, de Alan Ayckbourn (Camilo Henríquez), justificó los pergaminos de su autor (ERCILLA 2266): es uno de los mejores autores de comedia de la actualidad. Todo transcurre en una larga noche entre cuatro matrimonios: una pareja ya madura sale a cenar para celebrar su aniversario; otra celebra una fiesta para inaugurar su departamento, a la que también asistirá Nancy, mientras Nick permanece en casa y cama, postrado por el dolor que le provoca un nervio en su espalda. Un cuarto matrimonio hace de detonante: Trevor y Susan, neuróticos y en plena crisis conyugal, eligen la fiesta de sus amigos para enfrentarse violentamente, lo cual produce el desbande del resto de los invitados, liquida la velada para los dueños de casa y —posteriormente— privará de sueño a los otros parejas.

La gracia de Ayckbourn está en que no son situaciones arribalarias, sino contingencias basadas en una aguda observación de la pareja humana, que pueden suceder en cualquier momento y cualquier parte.

A raíz del combate entre Trevor y Susan, también quedan al descubierto las fisuras en la relación de los otros matrimonios, y se pinta en ellos un cuadro en que las situaciones son semejantes: los hombres, mientras las mujeres, más equilibradas, llevan el panderero y control de las situaciones.

Es frecuente en el género de la comedia que las obras partan bien y disminuyan en su fuerza y humor en el último acto. El caso de Ayckbourn es el polo opuesto; el ritmo de las carcajadas y situaciones aumenta constantemente a lo largo del segundo acto, y el resultado es uno de los espectáculos más reideros que se han visto en mucho tiempo, hecho que debiera augurarle un buen éxito de público al Teatro Le Signe.

Sin embargo, dentro de un buen resultado global hay también, en el nivel crítico, aspectos discutibles. La dirección de Eugenio Guzmán erró al dar un enfoque demasiado farsesco (amén de una peluca estridente) al personaje de Susan (Diana Sanz). La gracia de la obra está justamente en la naturalidad cotidiana de los seres que



CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

LOS TRES DORMITORIOS DE AYCKBOURN

Más una fiesta que no fue lo que se esperaba

la animan y no era necesario ni conveniente exagerar la nota. También falta afinar más el ritmo del primer acto. La mejor interpretación del octeto correspondió a Gloria Munchmeyer, por su gran naturalidad y los matices que dentro de esa tónica supo desplegar. Tanto ella como Kerry Keller tienen un talento para la comedia que, por desgracia, ha tenido demasiado pocas oportunidades para manifestarse. Entre los varones, Eduardo Barril hace reír de buena gana como el marido postrado, dedicado a compadecerse a sí mismo, mientras John Knuckey (Trevor) —tan sumergido en sus problemas que siempre se olvida de los efectos de su conducta sobre los demás— tiene algunas buenas escenas.

Patricio Crostegui diseñó un decorado funcional para la acción que, constante y

ágilmente, brinca de dormitorio en dormitorio a medida que se desarrollan las incidencias de aquella noche que iba a ser de fiesta.

Sócrates

De Ayckbourn a Platón es un salto de un mundo a otro.

En un monólogo de aproximadamente una hora y cuarto se desarrolla *La apología de Sócrates*, o sea la defensa del sabio griego acusado de "impiedad, de corromper a los jóvenes, de no reconocer a los dioses del estado ateniense y de introducir nuevas divinidades".

Su defensa, en aquel juicio, se transforma en un ataque a sus acusadores. Sócrates defiende la libertad del pensa-

"LOS FALACES" EN EL COM
Despliegue vital y din

34

Nº 2268

1979

...sí, generan una actividad

...de conceptos y un espectáculo



Máximo Vivado



ROBERTO PARADA

El valor de la sobriedad

miento, la dignidad humana, el derecho a discrepar libremente. Su misma vida está en juego, pero no es ésta su preocupación fundamental, sino la expresión de los valores en que cree y que desarrolla sin temor a las consecuencias.

Roberto Parada (69), al presentar el texto de Platón en forma de monólogo, bien pudo tratar de teatralizar, de crear un espectáculo teatral más allá del paso de las ideas expuestas. Sin embargo, bajo la dirección de María Maluenda, optó por la sobriedad más absoluta: en su caso específico es muy meritorio por cuanto este actor no siempre ha evitado los peligros del histrionismo ni de la sobreactuación.

Excelente voz

Ahora, sólo, en un escenario prácticamente vacío, no busca el teatro en su sentido convencional: en forma ponderada y

mesurada, expone el pensamiento de Sócrates.

No es una defensa que busque involucrar en forma emocional a jueces y jurado, sino —sobria e implacablemente— va construyendo un edificio de ideas, tan válido ahora como en los remotos tiempos de Platón y Sócrates.

Difícilmente hay otro actor chileno capaz de presentar este monólogo. Muerto Jorge Lillo, no queda en nuestro teatro una voz de esta calidad, y es admirable que, tras 40 años de hacer clases y teatro, conserve este vigor y riqueza. No se trata sólo de la buena impostación del actor, y la forma de decir, en todo momento al servicio del sentido de lo dicho. Mantener esto a lo largo de un monólogo de más de una hora puede parecer lo más simple y natural del mundo para el espectador que se enfrenta con los resultados, pero es el fruto de una larga y cuidadosa preparación. El dramatismo de este monólogo no está en sus recursos externos, sino en la fuerza de las ideas que expresa.

El guatón Loyola

Mientras *Sócrates* se presenta a las 20 horas en el Teatro La Comedia, a las 22 y en la misma sala, hay otro espectáculo —efervescente, casi desbocado— de un grupo juvenil que, como su nombre —La Falacia— indica, no sólo se ríe de los demás sino también de sí mismo.

Loyola Loyola, de Julio Bravo y Cristian G. Huidobro, juega a hacer y deshacer mitos: "juega", porque su forma de teatro tiene mucho de lúdico, con breves escenas, abundante ingenio, un humor que se expresa tanto a través de la palabra como del movimiento, y que se manifiesta con una vitalidad y entusiasmo propios de la juventud, amén del buen acompañamiento en batería.

El Guatón Loyola aparece bajo diversas facetas: como apatronado, como ser en proceso de enajenación (una cueca, cuyo intérprete y pasos se van transformando en un Travolta o como el Llanero Solitario), como payaso de las bofetadas ("combo que se perdía, lo recibía el guatón Loyola") como guía de Mussolini y Hitler en el sur de Chile, y también en relación con situaciones chilenas más contingentes.

En estilo, los Falaces recuerdan a veces las experiencias del grupo Aleph de fines de los años 60, pero con una mayor técnica teatral; en cambio la obra misma, aunque cuente con abundantes partes divertidas y muy divertidas, no está aún redondeada; a veces juega por jugar (sobre todo en la parte final) y, conceptualmente, tiene una menor solidez que sus intérpretes.

No obstante, este grupo puede hacer un aporte importante a nuestro teatro y bien vale la pena que prosiga su busca y experiencias.

Hans Ehrmann



José Cifuentes